

VIDA MILITAR

REVISTA PROFESIONAL

DE

SUBOFICIALES, SARGENTOS Y ASIMILADOS

AUTORIZADA SU PUBLICACIÓN POR R. O. 26 ABRIL 1924 (D. O. NÚM. 97).

Madrid
febrero de 1925

Apartado de Correos 4.042.

Año II
Número 9.

EL SARGENTO GARCÍA

“EL INMORTAL”

II

Retiróse en seguida entre los aplausos del público que llenaba las galerías, y acompañado de multitud de patriotas, entregando al salir al señor Vázquez Canga un escrito que, por la emoción experimentada, no había podido leer y que se mandó insertar en el «Diario». Decía así: «Señor: Antonio García, benemérito español, más por el honor que Vuestra Majestad le dispensa que por los servicios que ha podido hacer a la Patria, no puede agradecer dignamente ni el favor con que le miran sus conciudadanos, ni mucho menos el que acaba de recibir de la Nación reunida.

»Señor: Un soldado lleno de heridas y de sobresaltos, que en estos heroicos días de revolución no ha tenido más horas dulces que aquellas en que ha derramado su sangre por el honor y libertad de los españoles, es un órgano inepto en este respetable salón *aun para expresar que estima la gracia de V. M.* Supla la penetración de V. M. la torpeza de mi voz, que en este instante y ante un congreso de españoles ilustres está balbuciente y justamente encogida.

»Nada me han alterado las águilas enemigas. Yo he arrostrado los peligros en que he podido encontrarme, pero ante V. M. tiemblo por

amor y respeto. Me siento animado de vivos deseos para correr otra vez tras del enemigo y gastar en nuevas peleas el resto de existencia que la divina Providencia me ha conservado, pero, Señor, dispénseme Vuestra Majestad que no permanezca más ante tan augusto Congreso, cuya grandiosidad y poder me causan tanta veneración. Yo juro tenerla todavía mayor a V. M. de hoy en adelante, y diré a todos los compañeros de armas: «Camaradas, vamos a batirnos, vamos a salvar la Patria; que la Nación en que sus representantes agradecen en su nombre a los patriotas, ni puede ser subyugada, ni deja de ser heroica.» Así me expresaré con mis dignos compañeros militares, entre quienes puede creer V. M. que hallará los mayores defensores de la Constitución, y, por consiguiente, de la libertad española. Señor, soy español y militar agradecido.»

Señor Golfín: «Señor, iba a hablar antes sobre esto, pero la pasión vehemente de la envidia al ver a García me impidió el hacerlo. Pido que se circule al Ejército la resolución que V. M. ha tomado respecto de este militar. (Aprobado)».

Salió García del Congreso, precedido, lo mismo que a la ida, por la música de Guardias Españolas y seguido de numerosos patriotas dirigiéndose al Palacio de la Regencia; pero al pasar frente a la Embajada inglesa le invitó el señor Embajador a que entrara en ella a su regreso, como lo verificó, siendo agasajado y obsequiado con un uniforme y un sable, y dispensándole después el honor de sentarlo a su mesa. Desde allí fué al pabellón de la Bomba, repartiendo entre sus compañeros, los inválidos, cuarenta y tres pesos fuertes que le habían dado.

El Conciso, periódico de Cádiz, que más tarde continuó su publicación en Madrid, refiere que García, con su acompañamiento, se dirigió a la plaza de la Constitución, al pie de la lápida «como testimonio de que sólo por ella y por los representantes que nos la dieron, nos hemos elevado a la alta dignidad de ser contados en el corto número de las naciones que conocen su libertad, que la aman y que saben premiar el heroísmo que la consolida. Hasta su casa acompañaron los amantes de la Patria a este héroe, terminando así un acto en que no se vió corazón tan muerto que no expresase con los ojos arrasados aquella ternura, que es muestra de tener un pecho capaz de las mismas acciones que le conmueven».

Se grabó su retrato en Cádiz. Aparece en él de cuerpo entero, mediana estatura, bien parecido, viva la mirada y vistiendo dormán de húsar, pantalón ajustado, polainas, y sobre el hombro izquierdo la charretera del grado de Alférez. La postura es bizarra, apoyando el brazo izquierdo en el sable, que regaló al General Ballesteros, y la mano derecha en la faja. En el fondo, a un lado, cuatro franceses fusilan a tres españoles, arrodillados y vendados los ojos, y en el otro, en una montaña, se representa al pastor que le salvó la vida. La inscripción dice: *El inmortal don Antonio García.*

La Gaceta de la Regencia y el *Redactor General*, periódicos de Cádiz, que también continuaron publicándose en Madrid, en unión de *El Conciso*, se ocuparon extensamente de García en aquellos días, lamentándose de que quizá las difíciles circunstancias por que la Patria atraviesa no permitan mayor recompensa a tanta tenacidad y patriotismo. Hacen su semblanza diciendo que se trata de un joven de veintidós años, robusto, despejado, atento y de buenos modales; dicen que han examinado sus numerosas cicatrices, que muestra complaciente y que no pueden verse sin estremecimiento ni asombro; consignan que García declara que *oficialmente* fueron diez y nueve sus heridas, pero que en realidad recibió treinta y dos; que ninguna le produjo deformidad, ni le hace sufrir, excepto una en la ingle izquierda, abierta desde hace ocho meses, producida por una estocada, que por haberse desviado el acero al tropezar con el hueso, salió por la nalga derecha.

A los tres meses de ser arcabuceado hizo prisionero en Fregenal de la Sierra al Comandante enemigo que lo condenó a ser pasado por las armas, y García le impuso la pena del talión; después de recordarle el caso le dijo que dispararía sobre él cuatro veces, y que si la suerte le acompañaba, le respetaría la vida; pero, por su desgracia, no sobrevivió a tan dura prueba. En esta misma acción de guerra recuperó la bandera, por lo que el General Ballesteros le regaló una charretera de honor, que después se vió precisado a vender para subvenir a la curación de tres heridas.

Bien efímeras fueron para él las recompensas que se le otorgaron, sin haber logrado siquiera su curación, no pudo permanecer ocioso, y su grandeza de ánimo le llevó a luchar a las órdenes del Empecinado. Cuando el preclaro caudillo fué encerrado, a traición, en una jaula por negarse a faltar a su juramento, García tuvo el triste y honroso privile-

gio de ser atado a ella, compartiendo así aquel glorioso martirio. Emigró luego a Portugal, peleó más tarde en la guerra de los siete años, por la Reina y por la libertad, y el epílogo de tantas proezas, de tantos sufrimientos, de tenacidad tanta, fué llegar abandonado y pobre al hospital de La Coruña, en donde su espíritu grande, ejemplar y esforzado abandonó el despojo de aquel cuerpo que tan pródigamente fecundó con su sangre los campos de batalla.

FERNANDO WEYLER.

Ayudante de Campo del Capitán General
Duque de Rubí.

